

RASGOS PERSONOLOGICOS DE LOS INDIVIDUOS CREATIVOS

«Para el psicólogo el problema de la creatividad es el de la persona creativa» . (J. P. Guilford)

I. PERSONALIDAD Y CREATIVIDAD

Una de las corrientes o línea de investigación en psicología hoy, sin duda, más floreciente y prometedora sobre la *creatividad* va orientada al exámen y análisis de la estructura de la personalidad de todos aquellos sujetos que han dado pruebas abundantes y evidentes de una producción de alto nivel creativo en los distintos campos o sectores de la actividad humana, como las ciencias, las artes, las letras, la filosofía, la arquitectura, la política, la religión...

Estos estudios suelen tener en común, por un lado, la desconfianza, cuando no el rechazo declarado, de las llamadas pruebas o «tests de creatividad», como criterios o indicadores válidos para su determinación y su predicción; y, por el otro, comparten igualmente la convicción profunda de que el secreto o «misterio», que todavía sigue rodeando a la creatividad y a todo lo relacionado con ella, no está tanto en sus logros ni en sus más o menos complicados procesos mentales, sino en la propia personalidad del sujeto creativo.

«Desde hace tiempo —advierte al respecto A. H. Maslow— tengo la profunda convicción de que el problema de la creatividad es el de la *persona creadora*. Más que de los productos creativos, las conductas creativas» (Maslow, 1980, p. 100).

Y en un estudio más reciente, llevado a cabo por un equipo de profesores de la Universidad de Hawai, se llegó a la conclusión de que la diferencia entre

un científico y un artista *creativos* se debía fundamentalmente a sus respectivas personalidades, a que tenían modelos —«prototypes»— diferentes de personalidad, y no precisamente al tipo de tareas que traían entre manos. Eran distintos, no porque sus actividades fuesen diferentes, sino porque personalmente eran distintos (Mark Runco et al., 1986, pp., 93–94).

Estudiar entonces la creatividad desde esta perspectiva metodológica, viene a reducirse prácticamente a tratar de explorar lo más exhaustivamente posible la *personalidad* de los sujetos considerados como altamente creativos con el fin de llegar a descubrir en ellos los talentos, sistemas de actitudes y rasgos que conducen a la creatividad, o, en otras palabras, a saber cómo son psicológicamente, cuales son sus intereses, sus gustos, sus preferencias, sus sistemas motivacionales dominantes, modos de percibir, sentir, pensar, y, sobre todo, cuáles son sus rasgos caracterológicos y temperamentales predominantes que configuran su personalidad y los diferencian de los individuos no creativos.

Visto y planteado así, el problema de la creatividad reviste inusitada importancia teórica y práctica para psicólogos y pedagogos. R. W. Weisberg aduce estas tres razones fundamentales:

«Primero, si pudiéramos —dice— aislar las características comunes a todos los individuos creadores, se podría determinar qué individuos tienen dotes potenciales para el trabajo de creación. Por ejemplo, se podría medir en los niños este potencial, por medio de tests de personalidad. Quienes más acusadamente presentasen las características del genio podrían ser objeto de programas de educación especial, que estimulasen plenamente su potencial creador.

Segundo, si supiéramos qué rasgos poseen los individuos creadores adultos, podríamos aumentar la creatividad de los otros individuos inculcándoles tales rasgos, merced a una instrucción adecuada.

Finalmente, si supiéramos aislar las características personales de los individuos creadores, y determinar asimismo los métodos de crianza infantil que las produjeron, podríamos enseñar a los padres (y maestros) métodos de educación y crianza que optimizasen en sus hijos la posibilidad de que tales características se manifestasen» (Weisberg, 1987, p. 95).

Y P. Torrance también señalaba en este mismo sentido, pero refiriéndose en su caso a los *profesores* creativos, que si se pudieran identificar las caracte-

terísticas de estos profesores, nos proporcionarían guías muy útiles en el proceso de llegar a ser unos profesores mejores y más creativos (Torrance, 1976, p. 350).

II. RESULTADOS GENERALES DE LAS INVESTIGACIONES SOBRE LA CREATIVIDAD

Los resultados de los numerosos trabajos realizados sobre la creatividad, desde la perspectiva indicada, podríamos resumirlos brevemente en estos puntos:

Existe entre los investigadores un amplio y general consenso en el sentido de que la higiene y la salud física y mental son, en principio, muy importantes para la actualización de las potencialidades creadoras de los individuos. Es fácil advertir la estrecha dependencia de los recursos creativos del buen tono y estado corporal. A menudo podemos constatar por nosotros mismos cómo el móvil primero que nos apremia a trabajar, producir y crear es precisamente este buen estado, la buena forma física y mental en la que nos encontramos, unido a la íntima satisfacción que todos experimentamos en la superación de las dificultades y resolución de los problemas.

En este sentido, advertía muy oportunamente J. Dewey que:

«La sociedad moderna considera que el cuidado y el crecimiento del cuerpo son tan importantes como el desarrollo del espíritu, y aún más, pues éste depende de aquél; así, las escuelas se convertirán en lugares donde los niños aprendan a vivir física tanto como mentalmente» (Dewey, 1950, p. 108).

Dichas investigaciones parecen también convenir de manera unánime en que la creatividad e inteligencia correlacionan de manera muy acusada y evidente hasta un nivel ligeramente inferior a un CI de 115-120, pero por encima del mismo ambas variables pueden considerarse independientes. Diríamos que se acepta por todos la *teoría del umbral* propuesto por P. Torrance.

«De la información recogida —señala Guilford— podemos deducir la hipótesis de que la correlación existente entre CI y las puntuaciones obtenidas en los tests de creatividad no es una relación de tipo lineal;

que por debajo de un CI de 120 la correlación es *significativamente inferior*» (Guilford, 1976, p. 90).

Y abundando en esta misma idea, McKinnon indica que:

«Si consideramos el conjunto de puntuaciones concernientes a la inteligencia y la creatividad, observamos que la relación es positiva entre estas dos variables. Nunca en nuestros grupos creativos hemos encontrado a alguien con una inteligencia por debajo de la media normal..., sin embargo, es *simplemente falso pensar que una persona es mucho más creativa cuanto más inteligente*» (MacKinnon, 1987, p. 110; D. P. Ausubel, 1980, p. 630).

Esto quiere decir y nos autoriza a pensar que la creatividad, en cuanto rasgo de la personalidad, no depende tan solo de las aptitudes cognitivas, representadas y encarnadas en la *inteligencia*, como hay tendencia a creer, sino de todos los otros factores restantes que integran la entera estructura de la personalidad del sujeto. Ahora bien, a pesar de reconocer que cada tipo creativo es de suyo un individuo particular y distinto, «*species atona*», es posible, con todo, establecer la existencia de algunos rasgos comunes a todos ellos, amén del de la inteligencia.

Esta fue también la conclusión a la que llegamos en el trabajo realizado con la colaboración y ayuda de los alumnos del curso del doctorado de la Universidad Pontificia de Salamanca¹, sobre las características que presentan en el perfil de su personalidad individuos por todos considerados como sujetos altamente creativos en los distintos campos o áreas de la actividad humana en la que han destacado: La religiosa, política, filosófica, literaria, artística... Nadie podrá poner en duda la creatividad de un S. Agustín y Teresa de Jesús, de Cervantes y Thomas Mann, de Falla y de Beethoven, de Ramón Llull y Nietzsche, de Dalí y Picaso, de Paulov y de Freud, de Giner de los Ríos y Andrés Manjón, que estos fueron fundamentalmente los sujetos de nuestra investigación. Los resultados vinieron a coincidir con los hallazgos de otras investigaciones empíricas anteriormente realizadas, así como con los informes y testimonios introspectivos proporcionados por otros sujetos igualmente creativos.

1 Colaboraron en este trabajo los doctorandos: Benito Mate, Yolanda; Claras Nonay, Francisco; Fernández Martín, M^a Ascensión; Parra Rodríguez, Angel; Pereira de Sousa, Julio E.; Rodríguez Mañanes, Juana; Rosario Agostinho; Sánchez Cabaco, Antonio; Sánchez García, M^a Angeles.

III. RASGOS PERSONOLÓGICOS MÁS SOBRESALIENTES DE LOS SUJETOS CREATIVOS

Entre los rasgos más destacados, amén del de la inteligencia, podemos señalar los siguientes:

1. *Una gran sensibilidad a los problemas*

Los individuos creativos comparten todos una fina sensibilidad a los problemas, a los malos planteamientos, a los elementos innecesarios, a las piezas que no encajan, a las cosas mal hechas, a las lagunas o falta de claridad en los conocimientos de cualquier orden de cosas...

Resulta curioso observar cómo donde los otros investigadores o no ven nada o no ven más que trivialidades, que no merecen que se les preste atención, estos sujetos creativos acaban viendo auténticos problemas, que les llevan finalmente a hacer importantes aportaciones a la ciencia o verdaderos descubrimientos. Así, mientras en las correcciones de los tests de inteligencia, que se habían aplicado a niños en la etapa escolar de edades deferentes, los investigadores convencionales no veían en los fallos más que simples errores, propios de la edad, nada particular, a Piaget le dieron la pista para descubrir a través de ellos los *estadios* que sigue la mente humana en el camino de su maduración y desarrollo. Hasta Paulov apenas nadie le había prestado atención seria a la salivación del perro, que se producía en ausencia del estímulo adecuado —la comida; a Paulov no le pasó inadvertida esta extraña y aparentemente nada significativa reacción, y el estudio persistente y detallado de los mecanismos de esta conducta le lleva a descubrir los *reflejos condicionados*, la aportación más importante de Rusia a la psicología contemporánea. Hasta Freud —no queremos seguir multiplicando los ejemplos— los deslices o «*lapsus linguae*», los chistes, olvidos involuntarios, los sueños eran hechos intrínsecamente carentes de sentido, Freud, en cambio, acabó viendo en ellos uno de los métodos más excelentes para la exploración y sondeo de las capas más profundas de la personalidad (Cfr. Erdelyi, 1987, p. 65).

Nada entonces de extraño que para no pocos psicólogos esta sensibilidad —Maslow prefiere hablar de una eficiente percepción de la realidad— constituya la primera y más significativa nota de la creatividad en sí misma y del sujeto creativo (Cfr. Smilanski et al., 1987, p. 33).

Y esta sensibilidad a los problemas va asociada en ellos a una habilidad sorprendente para detectar lo espureo, lo puramente convencional, lo inauténtico, lo superficial...

«¿Me es lícito atreverme a señalar —exclama Nietzsche con la desenvoltura y el desparpajo que le caracterizan— un último rasgo de mi personalidad, el cual me ocasiona una dificultad nada pequeña en el trato con los hombres? Mi instinto de limpieza posee una susceptibilidad realmente inquietante, de modo que percibo fisiológicamente —huelo— la proximidad o —¿qué digo?— lo más íntimo, las vísceras de toda alma... Esta sensibilidad me proporciona antenas psicológicas con las que palpo todos los secretos y los aprisiono con la mano: ya casi al primer contacto cobro conciencia de la mucha suciedad *escondida* en el fondo de ciertas naturalezas, debida acaso a la mala sangre, pero recubierta de barniz por la educación» (Nietzsche, 1975, p. 33).

Pero es que otro tanto les ocurría a Teresa de Jesús, a Beethoven, a Picasso o a Manjón... A este último le bastó tan sólo una simple entrevista con el joven rector de la Universidad de Salamanca, Miguel de Unamuno, para formarse de inmediato una opinión bastante aproximada de la configuración de su personalidad.

«Unamuno, rector de la Universidad de Salamanca —escribe tras la entrevista en su Diario— y escritor un tanto raro y averiado, ha visitado mis Escuelas... Me ha parecido lustrado, simpático, no católico, le gusta se hable de él, y goza con decir lo contrario de lo que todo el mundo diga» (Diario íntimo, 1973, p. 32).

También a Maslow le llamó la atención esta capacidad extraordinaria de los sujetos autorrealizados por él examinados para detectar lo espureo, lo engañoso y la falta de limpieza y honradez en la personalidad, y, en general, para juzgar a las personas correcta y eficientemente. Y conforme avanzaba en su estudio pudo apreciar cómo esta eficiencia perceptiva se extendía también a todas las áreas: al arte, a la música, a las cuestiones científicas, sociales, políticas, religiosas. Parecían un grupo capaz de ver las realidades ocultas o confusas, más rápida y correctamente que los otros (Cfr. Maslow, 1975, p. 211-212).

De esta aguda sensibilidad a los problemas surge en ellos eso que ha venido en llamarse el *divino descontento*, un profundo sentido crítico, una íntima insatisfacción que les agita y devora por dentro, y acaba por convertirlos o en *revolucionarios* en el sentido más literal y radical del término.

«Yo no soy un hombre —confesaba Nietzsche de sí mismo— soy dinamita... Derribar ídolos eso sí forma parte de mi naturaleza» (Nietzsche, 1975, p. 123).

«He venido a prender fuego en el mundo, y ojalá estuviera ya ardiendo» Lc.,12,49,

o en innovadores y reformadores, no importa cuál sea el campo o la empresa humana con la que se sientan comprometidos: *religiosa* (Domingo de Guzman, Ignacio de Loyola, Teresa de Jesús), *científica* (Ramón y Cajal, Darwin, Einstein), *pedagógica* (Giner Manjón, Montessori), *política* (Cánovas, Churchill, Golda Maier), *filosófica* (Descartes, Kant, Ortega), *psicológica* (Paulow, Watson, Freud) o en *críticos implacables* de las instituciones, de las obras, de las personas que no funcionan como es debido. En el Diario de Thomas Mann nos encontramos con juicios tan duros y despiadados como éstos:

«El tomito de poesía de Bertram: excelentemente deprimente, decentemente repugnante».

«Para el te, ese asno de Joaquín von Debrück... La traducción francesa de *Muerte en Venecia* resulta ser una chapucería».

«Recibí el primer número de una revista ilustrada vienesa, *Die Moderne Welt*... sobre arte, literatura, moda. Asquerosa».

«Pero la falta de amor y de honor en el mundo, de la que se quejan esos mediocres bien pagados y mejor adulados que llevan las riendas de la academia alemana...¡Qué miserable basura de ideas!...Sobre ese estercolero de falacias, sin embargo, esas abyectas criaturas han erigido su imperio del terror» (Thomas Mann, 1918–1936, pp. 138, 29, 32, 189).

Pero las recriminaciones de Jesús, consideradas desde esta perspectiva, contra la clase dirigente de su país no son menos duras y contundentes:

«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, que diezmáis la menta, el anís y el comino, y no cuidáis de lo más importante de la Ley, la justicia, la misericordia y la buena fe!».

«Guías ciegos, que coláis el mosquito y os tragáis un camello».

«¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas, que limpiáis por de fuera la copa y el plato, y por dentro están llenos de rapiñas y codicias!» (Mt 23,13–3)

2. *Autonomía mental y altiva independencia de criterio*

Los tipos verdaderamente creativos no sólo no tienden a apoyarse en opiniones y criterios ajenos,

«Soy poltrón y perezoso —afirma se sí mismo Cervantes en el prólogo al Quijote— en andar buscando autores que digan lo que yo sé decirme sin ellos» (Cervantes, 1984.T.I. p. 11).

sino que más bien propenden de suyo a apartarse de ellos, para seguir sus propios derroteros a despecho de los demás.

«Apenas supe —nos dice Montessori— que tenía a mi disposición la escuela de los pequeños —"dei piccoli bambini"—, deseé... *proceder fuera de los caminos que todos más o menos habían recorrido*» (M^o Montessori, 1971, p. 38).

El metafísico Fco. Suárez, en carta al Superior General de la Compañía de Jesús, le dice que lo que parece extrañar más a sus detractores

«es el método de leer que tengo, que *es diferente del que se usa por aquí*, donde hay costumbre de leer por cartapacio leyendo las cosas más por tradición de unos a otros que por mirallas hondamente y sacallas de sus fuente... *yo he procurado salir de este camino y mirar las cosas de raíz*» (Baciero, 1987, p. 12).

Y refiriéndose a Freud, K. Horney exclamaba admirada:

«Es casi increíble con cuánta frecuencia se apartaba de los senderos respetados del pensamiento y cómo veía las relaciones psíquicas bajo una luz nueva» (K. Horney, 1957, p. 28).

El «*habeis oído que fue dicho... Pero yo os digo*» (Mt 6,43) es acaso la más gráfica y a la vez rotunda expresión de la actitud *independiente* del hombre verdaderamente creativo.

A Maslow una de las cosas que más le llamó la atención en los hombres autorrealizados, creativos y maduros fue, con la eficiente percepción de la realidad, su resistencia y repugnancia a la «*inculturación*», o la tendencia a mante-

ner una separación o distancia frente a la cultura ambiental en la que estaban sumergidos; por eso, advierte que de estos sujetos no podría decirse con propiedad que estén bien adaptados en el sentido ingenuo de aprobación e identificación con su cultura, como puedan estarlo, por ejemplo, los sujetos altamente inteligentes. Lo que en realidad caracteriza y define a estos sujetos creativos en su opinión es

«la trascendencia del medio ambiente, la independencia frente a él, la capacidad de enfrentarsele, luchar contra él, ignorarlo, volverle la espalda, rechazarlo o adaptarse a él» (Maslow, 1980, p. 240).

Pero ya siglos antes nuestro Huarte de San Juan había propuesto una ingeniosa pero sumamente gráfica distinción entre dos tipos de talentos: los *caprichosos* y los *ovunos*, que el mismo se cuida de describirnos en estos terminos:

«A los ingenios inventivos llaman en lengua toscana "*caprichosos*", por la semejanza que tienen con la cabra en el andar y parecer; ésta jamás huelga por llanos, siempre amiga de andar a sus solas por los riscos y alturas y asomarse a grandes profundidades por donde no sigue vereda ni quiera caminar en compañía».

En contraposición a este tipo de ingenio inventivo está el «*ovuno*», que no se aparta del sendero trazado y el carril trillado.

«Porque hay otros hombres —añade— que jamás salen de una contemplación, ni piensan que hay más en el mundo que descubrir. Estos tienen la propiedad de las ovejas, la cual nunca sale de las pisadas del manso, ni se atreve a caminar por lugares desiertos y sin carril sino por veredas muy holladas, y que alguno vaya por delante. Ambas diferencias de ingenio son —concluye— muy ordinarias entre hombres de letras: unos hay muy remontados, y fuera de la común opinión juzgan y tratan las cosas por diferente manera; son libres de dar su parecer, y no siguen a nadie. Otros muy recogidos, humildes, muy sosegados, desconfiados de sí, y rendidos al parecer de un autor grave a quien siguen, cuyos dichos y sentencias tienen por ciencia y demostración; y lo que discrepa de aquí juzgan por vanidad y mentira» (Huarte de San Juan, 1846, p. 90–91).

Todos los sujetos por nosotros examinados se ajustan al modelo «caprílico». Una vez más Nietzsche ha sabido expresar de manera inimitable este rasgo de su naturaleza creadora

«Vengo de alturas —exclama— que ningún ave ha sobrevolado jamás, yo conozco abismos en los que todavía no se ha extraviado pie alguno» (Nietzsche, 1975, p. 59).

A la base de este rasgo, de esta altiva independencia de criterio, está la profunda seguridad y confianza que estos sujetos tienen en sí mismos, en sus posibilidades, capacidades y talentos para poder resolver sus problemas sin necesidad de «andar buscando ayuda de vecinos» (Cervantes, 1984. T. II, p. 158).

Y al propio tiempo, el deseo exacerbado que sienten de ser ellos mismos por sí mismos. Quieren mantener y afirmar su propia identidad y se resisten a ser confundidos y clasificados

«¡Sobre todo —pide Nietzsche a sus lectores en el prólogo a su *Ecce homo* -no me confundais con otros!» (Nietzsche, 1975, p. 15).

Y en este mismo sentido, Unamuno pone en boca de su don Fulgencio estas palabras dirigidas a su discípulo Apolodoro:

«Que no te clasifiquen; haz como el zorro, que con el jopo borra sus huellas; despístales. Se ilógico a sus ojos hasta que renunciando a clasificarte se digan: es él , Apolodoro Carrascal, especie única. Se tú mismo, tú mismo, único e insustituible» (Unamuno, 1956, p. 79).

3. Buena imagen de sí mismos

Los sujetos creativos tienen todos una muy clara conciencia de sí mismos. Saben muy bien quiénes son, lo que son, lo que valen , y no tienen tampoco el menor reparo no sólo en reconocerlo, sino en confesarlo públicamente, si viene al caso. Así, por ejemplo, Teresa de Jesús es humilde, pero esta su humildad no en modo alguno incompatible con el alto concepto que ella tiene de sí misma y su obra. Siendo todavía una niña

«comencé a entender —nos dice— las gracias de la naturaleza que el Señor me había dado que según decían *eran muchas*».

Y en cuanto al juicio u opinión que le merecen sus obras, en carta al P. Gracian le comunica que

«las Fundaciones van ya al cabo; creo que se ha de holgar de que las vea, *porque es cosa sabrosa*» .

Pero es que el libro de la vida:

«*es toda una joya*» (Teresa de Jesús, 1962, pp. 18, 774.852).

Esta autoimagen *positiva* es, repetimos, un rasgo compartido absolutamente por todos. Oigamos algunos testimonios sumamente significativos y expresivos al respecto: La buena opinión que Cervantes tenía de sí mismo y de su obra queda suficientemente reflejada en las palabras que Amadís de Gaula dirige a D. Quijote:

«Tú tendrás claro renombre de valiente
Tu patria será entre todas la primera
Tu sabio autor único y solo» (Cervantes ,1984.T.I. p. 19).

Descartes, refiriéndose a sí mismo, confesaba que:

«je savais les jugements que les autres faissaient de moi; el je *ne me voyais point qu'on m'estimâ inferieur à mes condisciples*, bien qu'il y eût entre eux déjà quelques uns qu'on destinait à remplir les places de nos maitre» (Descartes, 1934, p. 16).

Kafka, haciendo un balance de la educación recibida, piensa que le ha perjudicado mucho, que a él le hubiese gustado y habría preferido ser:

«ese pequeño habitante de unas ruinas, tostado por el sol, el cual, entre escombros, sobre la hiedra tibia, me habría iluminado por todas partes, aunque al principio me habría sentido débil bajo el peso de *mis buenas cualidades*» (Kafka, 1983, p. 14).

Dante no tiene empacho ni siente rubor alguno al considerarse uno de los grandes poetas del mundo. En un momento de su recorrido por el Infierno se vuelve a Virgilio, su guía, para preguntarle:

«Oh tú, que honras toda ciencia y todo arte, ¿quienes son éstos, cuyo valimiento debe ser tanto, que así están separados de los demás?

—Y él a mí:

Mira aquél que tiene una espada en la mano, y viene a la cabeza de los tres como su señor. Ese es Homero, poeta soberano; el otro es el satírico Horacio, Ovidio el tercero y el último Lucano. Cada cual merece, como yo, el nombre que antes pronunciaron unánimes —Honrad al sublime poeta—. De este modo vi reunida la hermosa escuela de aquel príncipe del sublime cántico, que vuela como el águila sobre todos los demás. Después de haber estado conversando un rato, se volvieron hacia mí, concediéndome después la honra de admitirme en su compañía, de suerte que *fui el sexto* de aquellos grandes genios» (Dante, 1980, p. 62).

Del célebre economista inglés Owen nos refiere su biógrafo la siguiente graciosa anécdota de su vida pero muy significativa la respecto:

«Me puse el sombrero y marché sin más a los escritorios del señor Drinkwater.

—¿Su edad?

—Veinte cumpliré en mayo —respondí.

—¿Cuántas veces se emborracha usted por semana?

—Yo no me emborracho en la vida —le contesté...

—¿Qué salario quiere ganar?

—Trescientas libras —fue mi respuesta.

—¿Cuánto? ¡Trescientas libras! —exclamó el señor Drinkwater.

—Se han presentado esta mañana yo no sé cuantos aspirantes, y creo que sumando los salarios que han pedido todos ellos no se llegaría a semejante cifra.

—Yo no tengo que guiarme por lo que otros pidan, y yo no puedo admitir menos.

Este rasgo tan característico de Owen —comenta su biógrafo— le valió el empleo. A los 20 años se convirtió en el joven prodigio del mundo textil» (Heilbroner, 1977, p. 139).

Y desde esta perspectiva, puramente psicológica, bien cabría interpretar en este mismo sentido las palabras del «hombre Cristo Jesús» (I Tim, 2,5) referidas a sí mismo:

«Vosotros me llamáis Maestro y Señor, y *decís bien, porque lo soy*» (Jn 13,13).

«Los ninivitas se levantarán el día del juicio contra esta generación y la condenarán: hicieron penitencia por la predicación de Jonás, y aquí hay uno que *es más que Jonás*».

«La reina del Mediodía se levantará en juicio contra esta generación y la condenará, porque vino de los confines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón, y *aquí hay uno que es más que Salomón*» (Mt., 13,41-43).

Pero es que Nietzsche en este sentido se expresa exactamente lo mismo. Refiriéndose a su obra «*Zaratustra*», se atreve y llega a decir que con ella él:

«ha hecho a la humanidad el regalo más grande que hasta ahora ésta había recibido. Este libro, dotado de una voz que atraviesa milenios, no solo es el *libro más elevado que existe*, el auténtico libro del aire de alturas... es también el *libro más profundo*, nacido de la riqueza más íntima de la verdad, un pozo inagotable al que ningún cubo desciende sin subir hecho de oro y de bondad» (Nietzsche, 1975, p. 25-26).

Y Freud, haciendo un a modo de balance de sus aportaciones, declara que:

«Si el psicoanálisis no tuviese otro mérito que la revelación del complejo de Edipo, esto bastaría para hacerlo acreedor a contarse entre las conquistas más valiosas de la humanidad» (Freud, 1959, p. 82).

Después de todos estos testimonios ya no nos sorprende el que Mackinnon nos diga que, en su estudio sobre los rasgos característicos de los arquitectos creativos, una de las casas que más llamaron su atención fuese precisamente la tendencia observada en estos sujetos

«a tener una *buena opinión de sí mismos*, como demuestra el gran número de adjetivos favorables que utilizan en las descripciones de sí y en las puntuaciones relativamente elevadas obtenidas en la escala que mide la aceptación profunda de sí mismos» (Mackinnon, 1980, p. 112).

La constatación que acabamos de hacer vendría en apoyo de la doctrina psicológica general que viene considerando a la «*autoimagen*» como a uno de los factores más poderosos de empuje o de freno, según los casos, de la actividad

en los individuos. Los hombres, al parecer, tendemos a comportarnos y a obrar de acuerdo con la imagen que tengamos de nosotros mismos. Es natural entonces que los que tengan de sí mismos, como es el caso de los tipos creativos, una buena percepción de sí mismos se sientan más proclives y más capaces de esforzarse, trabajar y crear que los que tienen de sí una pobre y menguada imagen; de aquí la urgente necesidad de avivar y suscitar en todos los individuos, pero sobre todo en los niños, una positiva imagen de sí mismos en orden a trabajar y rendir en su actividad y en su trabajo.

4. Alto nivel de aspiraciones y exigencias

Estos sujetos creativos se caracterizan también por tener todos grandes deseos, grandes proyectos, grandes ambiciones, grandes ilusiones. Todos se sienten vocacionados a realizar grandes cosas, a tener grandes ideales. Así, M^a Montessori, por ejemplo, nos confiesa que sus «*Case dei bambini*» obedecieron al deseo de llegar a:

«*redimere attraverso l'infanzia l'umanità*» (Montessori, 1985, p. 80).

Nietzsche tenía la profunda convicción de que sobre él pesaba una enorme responsabilidad, pues

«*llevo sobre mis espaldas el destino de la humanidad*» (Nietzsche, 1975, p. 53).

Sabemos también que a Freud lo que le motivó definitivamente a elegir la carrera de Medicina fue el deseo de poder llegar un día nada menos que a *descifrar los enigmas de la vida*, y Skinner en una de sus últimas intervenciones en la Sociedad Americana de Psicología —APA—, el 10 de agosto de 1984, presentaba un trabajo con el ambicioso título de

«*Por qué no actuamos para salvar al mundo*» (Skinner, 1986, p. 14).

Al contrario de los aquejados por lo que Maslow ha llamado «*complejo de Jonás*» estos sujetos creativos van decididos a llegar muy lejos, a subir muy alto, a ser los mejores en la línea elegida de su realización personal: política, científica, religiosa, artística, literaria, pedagógica...

S. Hall, rector de la Universidad de Clark y eminente psicólogo, nos dice que salió de su aldea, siendo todavía un niño, pero ya con la pretensión de llegar a ser un día no uno cualquiera, sino un personaje importante:

«To be something in the world» (S. Hall, 1905, p. 18).

Y J. Bruner, otro de los psicólogos más creativos y brillantes de la hora actual, nos confiesa que él ya tenía, cuando estudiaba, la inquebrantable seguridad:

«de que formaba parte del grupo de elegidos de la siguiente generación de psicólogos» (Bruner, 1988, p. 220).

Unamuno, en carta confidencial a don Leopoldo Alas (Clarín), declaraba en este mismo sentido que:

«al morir quisiera, yo que tengo alguna ambición, que dijesen de mí ¡fue todo un poeta!».

Y estas pretensiones e ilusiones constituyen un enorme caudal de energía motivacional.

«Recientemente —advierte McClelland— Locke, Shaw y Latham (1980) han revisado los datos que revelan que la fijación de objetivos superiores conduce a un rendimiento mayor que el obtenido tras la fijación de tareas fáciles» (McClelland, 1988, p. 199).

Pero el fino instinto psicológico de Teresa de Jesús lo había intuido esto mismo con admirable claridad:

«Espántame lo mucho que hace —advertía con ese peculiar modo que ella tenía de decir las cosas— animarse a grandes cosas aunque luego no tenga fuerza el alma, da un vuelo y llega mucho, aunque —como avecita que tiene pelo malo— cansa y queda».

«Harto ayuda —escribe en otro lugar— tener pensamientos para que lo sean también las obras».

Y esto —nos dice— lo sabe ella no de «oídas» o «leídas», sino por propia experiencia personal. Y por lo que a ella se refiere, aunque en otras cosas se considera ruin y pequeña, sin embargo,

«en esto de deseos siempre los tuve grandes».

De aquí que ella quisiera, para sus novicias, tutores y maestros que

«no les enseñen a ser sapos, ni se contenten... a solo cazar lagartijas», sino directores y superiores que sepan alentar, estimular y animar a las jóvenes a lanzarse a volar alto como águilas, y no se empeñen en

«quererlas hacer andar como pollos trovados» (Teresa de Jesús, 1962, p. 53, 195, 124, 329).

Este había sido también el pensamiento de S. Agustín, quien exhortaba a no contentarse con cualquier cosa

«Sé grande —decía— en las cosas grandes. Pero no seas pequeño en las pequeñas» (S. Agustín, *Serm.*, 213 I).

Y en esta misma dirección, A. H. Maslow, consciente de la enorme importancia motivacional que supone el tener grandes ideales en la vida, advertía así a sus discípulos:

«Si deliberadamente planeais ser menos de lo que sois capaces de ser, os prevengo que seréis profundamente infelices para el resto de vuestras vidas. Estaréis rehuyendo vuestras propias capacidades, vuestras propias responsabilidades» (Maslow, 1983, p. 60).

Estos individuos creativos no sólo tienen grandes aspiraciones, sino que son a la vez muy exigentes consigo mismos y con los demás. No se satisfacen con cualquier cosa. A todos les atrae por igual e irresistiblemente lo bueno, lo grande, lo noble, lo auténtico, lo hermoso, lo justo, mientras aborrecen y detestan con igual pasión lo injusto, lo vulgar, lo mediocre, lo convencional y común en cualquier orden de cosas. Así, si se trata, por ejemplo, de lecturas a Teresa de

Jesús le gustan los libros. Era una devoradora de libros, pero de los buenos porque,

«si el autor no era muy muy probado —nos dice— no los había de leer».

Pero es que otro tanto les ocurría a Thomas Mann, Nietzsche, Voltaire... Este último aconsejaba, como Teresa de Jesús,

«à ne lire que les ouvrages qui sont depuis long temps en possession des suffrages du public, et dont la reputation n'est point équivoqué. Il y en peu mais on profite bien davantage en les lisant, qu'avec tous les mauvais petit livres dont nous sommes inondés» (Voltaire, 1968, p. 143).

Teresa de Jesús admira a los letrados y predicadores, pero a los de verdad, a los buenos, porque

«los malos no merecen... que salgan de sus celdas».

Era también del parecer que a los malos predicadores y letrados no se les debería permitir ni predicar a los primeros ni escribir libros a los segundos.

Con ella compartía también esta opinión otro de nuestros genios más inventivos y creadores, contemporáneo de la santa, Juan Huarte de San Juan, el cual recomendaba que

«a los que carecen de invención no debía consentir la república que escribiesen libros ni dejarlos imprimir, porque no hacen más que dar círculos en dichos y sentencias de los autores graves y tornarlos a repetir» (Juan Huarte de San Juan, 1846, p. 24).

Y si de amistades se trata, estos van a elegirlos no entre gentes ordinarias y comunes. Así, por lo que a Teresa de Jesús, por ejemplo, respecta sabemos que mantuvo siempre relaciones de amistad muy estrechas con prácticamente la élite de la Oratoria y de la Teología de aquella hora, o, como diría ella misma, con los grandes *letrados* de su tiempo: Ripalda, Domingo Báñez, García de Toledo, Gaspar Daza, Juan de la Cruz, Juan de Avila, Francisco de Toledo...

Y a lo largo del Diario de Thomas Mann vemos desfilar toda una espléndida galería de personajes, todos ellos significativos y eminentes en campos tan dis-

tintos como pueden ser la ciencia, la filosofía, la literatura, las artes, la religión...

«Tarjeta de Albert Einstein, que promete escribirme...».

«Ayer me llegó una carta de Benedetto Croce, junto con un número de *Critica*».

«Ayer terminé de escribir una carta para Hermann Hess».

«Visita de Mons. Berge, electo de Heidelberg».

«Carta a Jean Cocteau».

«Por lo visto he debido encontrarme con él en casa de Sigmund Freud».

Y es que estos individuos, como bien señala Maslow

«pertenecientes a la élite, eligen amigos de la élite, pero de una élite de carácter, capacidad y talento, más que de nacimiento, raza, nombre, familia, edad, juventud y poder» (Maslow, 1954, p. 227).

5. *Tenacidad y constancia en el trabajo*

De estos sujetos cabría decir aquello que Cicerón dijo de Bruto

«*Quidquid vult, vere vult*»

lo que quieren, lo quieren de verdad, y se entregan a ello

«*totis animi viribus*» (S. Agustín)

con todas las fuerzas de su alma

«Vive desde ahora solamente para el Arte —se decía a sí mismo Beethoven. Sacrifiquemos la vida al Arte, y sea el Arte un santuario para nosotros» (Beethoven, 1958, T. III. p. 1.038).

De aquí que todos ellos se caractericen por una portentosa capacidad de trabajo, que sean todos ellos unos formidables trabajadores, que las veinticuatro horas del día les resulten insuficientes y hasta la vida entera demasiado corta. Uno, por ejemplo, no se explica cómo y de dónde pudo sacar su tiempo R. Llul para poder realizar la obra gigantesca que él realizó: Más de 200 obras escritas, mientras le vemos continuamente yendo y viniendo por tierra o por mar de un

lado para otro: de Mallorca a Montpellier, de Montpellier a Roma, de Roma a París, de París a Tánger, de Tánger a Mauritania... enseñando, predicando, asesorando, presentando proyectos sorprendentes, innovadores a papas, reyes, superiores generales, universidades.

Y no deja de sorprender tampoco oír a Skinner, a sus 87 años, decir a los lectores en el prólogo de su libro «*Disfrutar la vejez*» que

«por aquel entonces —agosto de 1982— estaba terminando el último volumen de mi autobiografía y, con la ayuda de unos colegas, ya había comenzado a escribir otros dos libros. ¿Sería juicioso comenzar un tercero?» (Skinner, 1986, p.1).

Y J. Bruner nos confiesa, sin apenas darle importancia que,

«hacia 1966 me estaba quedando sin fuerzas. Mis múltiples actividades, desde la investigación hasta las obligaciones derivadas de la presidencia de la *American Psychological Society*, pasando por mi trabajo en el proyecto pedagógico y mi labor en la *junta del Comité de Asesoría Científica del Presidente* me hacían alcanzar casi la famosa jornada de *84 horas de trabajo*» (Bruner, 1988, p. 255).

La voluntariedad y constancia en lo que emprenden son igualmente ejemplares. Nada ni nadie les detendrá ni arredrará mientras no consigan su propósito

«Yo —confesaba Nietzsche— no podría abandonar una acción tras haberla comenzado» (Nietzsche, 1975, p. 35).

Y Teresa de Jesús de manera mucho más enérgica y contundente nos dice que ella está dispuesta a conseguir su objetivo, o a no abandonar su proyecto

«venga lo que viniere, suceda lo que sucediere, trabaje lo que trabajare, murmure quien murmurare, siquiera llegue hasta allá, siquiera muera en el camino u no tenga corazón para los trabajos que hay en él, siquiera se hunda el mundo» (Teresa de Jesús, 1962, p. 248).

Los estudios empíricos destacan todos que a estos sujetos las complejidades y dificultades lejos de retrotraerles o bloquearles les incentivan y estimulan:

«Todos los grupos creativos que hemos estudiado —nos advierte MacKinnon— han demostrado una neta preferencia por las figuras complejas y asimétricas y en general cuanto mayor es la creatividad de las personas más marcada es esta preferencia» (MacKinnon, 1980, p. 114; F. Barron, 1980, 102).

Y en apoyo de esta conclusión Teresa de Jesús confesaba de sí misma que le hacían devoción

«las cosas dificultosas, y mientras más, más» (Teresa de Jesús, 1962, p. 112).

Y para Nietzsche, la filosofía tal y como él la entendía y la vivía era

«búsqueda de todo lo problemático y extraño en el existir, todo lo proscrito por la moral» (Nietzsche, 1975, p. 16).

Los testimonios de todos ellos apuntan unánimemente en la dirección de que a todas las soluciones creativas de los problemas se llega por un solo camino: el del trabajo y el del esfuerzo, o para decirlo con palabras de Nietzsche, a que,

«toda conquista, todo paso adelante en el conocimiento es consecuencia del valor de la dureza consigo mismo, de la limpieza consigo mismo» (Nietzsche, 1975, p. 17).

Por eso S. Agustín advertía ya en este mismo sentido

«¿A quién no agradaría llegar a degustar la sabiduría sin tener que pasar por los sudores y sacrificios del aprendizaje ? Por desgracia, esto no es la verdad... no hay más remedio que pasar por las apreturas del estudio y del trabajo» (S. Agustín, *De cat rud.* 9).

Lo que McClelland (1988) nos dice de las personas motivadas por la necesidad de logro, que se sienten especialmente atraídas hacia situaciones en donde existe una mínima posibilidad de mejora i.e. unas situaciones en donde las tareas no son ni muy fáciles ni muy difíciles, sin duda puede aplicarse a los grandes

empresarios, directivos, hombres de negocios...pero no se corresponde, desde luego, con los tipos altamente creativos, como acabamos de ver.

6. *Gran curiosidad intelectual*

Los sujetos examinados sienten todos el apremio de su inteligencia por saber de todo, por conocerlo todo. Son hombres de una pluralidad increíble de intereses y de un «*background*» cultural impresionante. Williams James, por ejemplo, fue psicólogo —padre de la *new psychology* americana—, fue filósofo —creador del pragmatismo—, fue médico —oficialmente estudió Medicina—, pero estuvo igualmente interesado por la Química, la Biología, las Ciencias naturales, la Pedagogía y las artes en general.

Freud, mientras cursa Medicina, asiste fervorosamente a las clases de Filosofía que estaba impartiendo en ese momento Franz Brentano en la Universidad de Viena, y mientras trabaja en el *Instituto de Fisiología*, nos dice que tuvo acasión de seguir

«simultáneamente las enseñanzas del profesor E. Ludwig en trabajos de Química, sobre todo en análisis de gases» (Freud, 1885, p. 12).

Finalmente, por no multiplicar los ejemplos, Skinner es, todo a un tiempo: pensador profundo, psicólogo eminente, pedagogo inventivo, literato, poeta, apasionado por la política, la música y las artes, que de todo esto nos ha dado pruebas abundantes (Cabezas, 1984, p. 31,94,123).

De todos ellos se podría decir lo que Sancho dijo de don Quijote

«Yo pensaba en mi anima que solo podía saber aquello que tocaba a sus caballerías; pero no hay cosa donde no pique y deje de meter cuchara». (Cervantes, 1984. T.II p. 457).

Y es que estos individuos están tan fascinados y absortos por lo suyo, por lo que traen entre manos que, un poco como los místicos, en él lo acaban viendo todo, como en una unidad profunda y misteriosa, mientras que a él lo ven reflejado en todo y en todas partes; de ahí su natural interés por todo, y su habilidad y disponibilidad espontánea para escuchar con toda atención, humildad y respeto a todo aquel que tenga algo que enseñarles, sin importarles en absoluto ni su *status* o categoría social, ni su prestigio personal, ni su edad, ni su sexo, ni sus títulos, ni sus opciones políticas o religiosas. Esta actitud de profundo respeto

por la verdad y no por la autoridad podemos verla reflejada en el consejo que Sto. Tomás daba a su discípulo Juan sobre la necesidad de escuchar la voz de la verdad venga de donde viniere, sin tener en cuenta a la persona.

«Nunquam respicias a quo audias, sed quidquid boni dicatur memorae recommenda» (Sto. Tomás, 11).

Por eso a Maslow le resultó muy fácil constatar en este tipo de sujetos que,

«les era posible aprender de cualquiera que tenga algo que enseñarles; no importa el resto de las características... Incluso podría decirse que mis sujetos tienen un tipo de cualidad parecida a la humildad...se percatan de cuán poco saben, en comparación con lo que podrían saber, y sin ninguna "pose" son honradamente respetuosos e incluso diferentes con las personas que pueden enseñarles algo o que tienen una habilidad que ellos no poseen. Este sincero respeto lo dan tanto a un carpintero, a cualquiera que maneje diestramente sus propias herramientas» (Maslow, 1954, p. 227).

En esta disposición actitudinal se pone de manifiesto no sólo la virtud de la humildad, como nos lo acaba de indicar Maslow, sino también la estructura profundamente democrática de la personalidad y del carácter de estos sujetos (Cfr. Beal et al., 1962, p. 23).

7. Profundo sentido del humor

Este es otro de los rasgos más sobresalientes compartido por todos los sujetos creativos. Para algunos investigadores, como Getzels y Jackson, este sentido del humor sería lo que más los diferencia de los sujetos no creativos.

Este puede expresarse y manifestarse de múltiples maneras; así en los niños por ejemplo en el tipo de narraciones que inventan como respuesta a los dibujos de ciertos tests. Un dibujo representa a un joven trabajando en su oficina a las 6,30 de la mañana.

«Este muchacho —escribía un estudiante poco creativo, pero inteligente— tiene muchas ambiciones. Se incorpora a su trabajo muy temprano todas las mañanas, a fin de impresionar favorablemente a los jefes y conseguir pronto su promoción en la empresa.

Otro, en cambio, más creativo, escribió lo siguiente:

El grabado representa la oficina de una firma que se dedica a la fabricación de cereales de desayuno. Acaba de descubrir la fórmula de una nueva clase de cereal que se estira y se encoge y da vueltas. El individuo que aparece en la figura es un espía de otra firma rival y la está copiando. Pero resulta que la fórmula es falsa, por lo que la firma rival viene abajo» (Cfr. Guilford, 1976, p. 128). Estos individuos creativos se complacen en manipular y presentar de manera lúdica dimensiones y aspectos extraños, chocantes o inesperados de la existencia, provocando con ello la natural sorpresa y la hilaridad en los otros; así A. S. Neil nos cuenta en su *Autobiografía* sucesos como éstos:

«El viejo William MacNeil —mi abuelo— tenía tanto miedo a la oscuridad que cuando cortejaba a mi abuela, esta debía llevarlo a su pueblo»,

y de su excéntrico tío Neil, barbero, nos dice que de pronto se le ocurría cerrar la barbería para salir a darse un paseo, y la leyenda asegura:

«Que en cierta ocasión, mientras afeitaba a un cliente, salió a darse su paseo, y lo dejó con una mejilla sin afeitar» (Neil, 1979, pp. 19, 128, 125).

La *Autobiografía* de Skinner está igualmente salpicada toda ella de pinceladas de humor. De su madre nos cuenta que

«tocaba bien el piano y tenía excelente voz de contralto. Cantaba en bodas y funerales —y en ambos las mismas canciones» (Skinner, 1971, p. 15).

Pero debemos advertir que así como el individuo creativo es un ser humano más evolucionado, superior y hasta cualitativamente distinto del común y ordinario, así también, como muy bien señala Maslow,

«su sentido del humor no es del tipo ordinario» (Maslow, 1983, p. 287).

Ellos no encuentran divertido eso que tanto suele hacer reír a la gente primitiva, ordinaria y rudimentaria, como lo del marido que le metió un lagarto vivo a su mujer en la cama, el perro que mordió a la vieja, el tonto que trata de defenderse del acoso de los chiquillos de la aldea. Su humor, el humor de estos tipos creativos nunca suele ser hostil, cruel o corrosivo, sino más bien delicado, pro-

fundo, moral o filosófico. No tratarán nunca de hacer reír a los demás a costa de las limitaciones o deficiencias físicas o mentales del otro. Su sentido del humor lleva siempre una carga de intencionalidad que va, como acabamos de insinuar, más allá del puro hacer reír. Su intencionalidad suele ser primordialmente pedagógica, moral o filosófica, como cuando Unamuno dice que:

«*Dios se calla. Y se calla, porque es ateo*» (Castillo-Puche, 1988, p. 12).

o cuando Sancho, viendo a su señor don Quijote tendido ya en el lecho de muerte, entre sollozos exclama diciendo:

«¡Ay! No se muera vuestra merced, señor mío, sino tome mi consejo, y viva muchos años; porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir, sin más ni más...» (Cervantes, 1984. T. II. p. 488).

Y en cierta ocasión, una mujer se le acercó a Manjón, el gran educador de Granada, que iba como de costumbre cabalgando su asna, para decirle:

—«Usted, don Andrés, es un santo»,

a lo que ingeniosa y humorísticamente le replicó Manjón:

—«Señora, a tal santo tal peana».

8. *Espontaneidad o ausencia de defensividad*

Los individuos creativos tienden siempre a comportarse y a expresarse tal y como son, tal y como piensan, tal y como sienten o se sienten en esta o aquella situación. Para ellos:

«la mayor tontería que puede hacer un hombre es la de tratar, en vano, de engañarse a sí mismo» (S. Agustín, *In ps.*, 85,7),

mientras que:

«el ser honesto del todo consigo mismo, es el más notable esfuerzo que un ser humano puede realizar» (Freud, 1979, p. 98).

Por eso, estos individuos no saben disimular ni fingir. Si, por ejemplo, no saben una cosa no salen diciendo que la saben, ni tratarán de disimular y comportarse como si la supieran. Teresa de Jesús nos refiere a este propósito dos anécdotas de su vida, que pueden ayudarnos a ilustrar este rasgo que estamos comentando.

«Sabía mal cantar. Sentía tanto si no tenía estudiado lo que me encomendaban que de puro honrosa me turbaba tanto, que decía menos de lo que sabía. Tomé después de por mí, *cuando no lo sabía muy bien, decir que no lo sabía*; sentía hartito a los principios, después gustaba de ello. Y así, como comencé *a no se me dar nada de que se me entendiese no lo sabía*, que lo decía mucho mijor».

La otra anécdota abunda en la misma idea:

«Sabía poco de rezado y de los que había que hacer en el coro y cómo lo regía veía a otras novicias que me podían enseñar, acaeciame no les preguntar por no entendiesen yo sabía poco... Luego, ya que Dios me abrió los ojos, *aun sabiéndolo tantito me estaba en duda, lo preguntaba a las niñas. Ni perdí honra ni crédito*» (Teresa de Jesús, 1962, p. 326, 226, 239).

Si se sienten incómodos y a disgusto en esta o aquella situación no tratarán de disimularlo demasiado. Estos individuos están dispuestos, como indica Franz Barron, a dejar libre curso a impulsos e ideas comúnmente consideradas como tabúes (Franz Barron, 1980, p. 103). Así, por ejemplo, Thomas Mann anota en su Diario:

«Anoche me negué a saludar a una gansa, amiga de Katia, que se presentó en el salón» (Thomas Mann, 1918-1936, p. 219).

Tampoco tratarán nunca de impresionar a nadie:

«El pathos de la afectación —advierte finamente Nietzsche— no corresponde a la grandeza; quien necesita adoptar actitudes afectadas, es falso» (Nietzsche, 1975, p. 56).

«Cuanto menos vale un hombre —decía S. Agustín—, tanto más trata de hacerse valer: frente a los demás y frente a sí mismo» (S. Agustín, *Epist.* 22, 3,7).

Ni de ocultar nada. Diría que se autoaceptan plenamente tal y como son. Por eso S. Agustín advierte que:

«nadie te ha dicho que seas menos de lo que eres, sino que te reconozcas y aceptes como eres» (San Agustín, *Serm.*, 137, 4,4).

Y Beethoven se dice a sí mismo en el *Diario íntimo*:

«No trates de ocultar tu sordera. ¡Que la conozca el mismo Arte!» (Beethoven, 1958, t. III. p. 1.036).

Tampoco Thomas Mann tratará de ocultar su inversión sexual. La acepta.

«Yo mismo —escribe en su Diario— no abrigo la menor duda de que "también" las *Reflexiones* son un reflejo de mi inversión sexual» (Thomas Mann, 1918-1936, p. 104).

La base psicológica de esta espontaneidad, sinceridad y apertura hay que ir a buscarla en su radical autonomía personal. Al no depender de los otros, tampoco los temen, y, por consiguiente, no tienen por qué adoptar actitudes defensivas frente a ellos. Pero, como advierte Maslow, esta espontaneidad, sencillez y naturalidad no son superficiales y sociales, sino esenciales e internas. Son sus pensamientos, sus sentimientos, sus impulsos y, en general, los contenidos de su conciencia los que verdaderamente son naturales, espontáneos y no convencionales. Pasarán a través de ceremonias y rituales socialmente aceptados, con la mayor gracia posible. Que esta convencionalidad es una capa que descansa ligeramente sobre sus hombros y que se puede arrojar fácilmente, puede observarse en el hecho de que la persona creativa nunca permite que la convención le embarace e inhiba de hacer algo que ella considere importante o básico. En tales momentos es cuando aparece su falta de convencionalidad, y no como un bohemio medio, rebelde sin causa a la autoridad, que hace grandes escenas por cosas triviales y pelea contra cuestiones sin importancia, como si fueran problemas fundamentales.

Esta actitud exterior existe también en aquellos momentos en que la persona llega a estar completamente absorbida por algo que atañe a sus intereses. Puede verse entonces, casi fortuitamente, que elimina toda clase de reglas de comportamiento a las que otras veces se ajusta; es como si tuviese que hacer un esfuerzo consciente para ser normal (Cfr. Maslow, 1954, p. 216).

9. Capacidad de asombro y concentración

Los individuos creativos frente a los sujetos comunes y ordinarios se caracterizan por una gran capacidad de asombro, entendida ésta como la pronta facilidad para ver las cosas más ordinarias, familiares y comunes bajo luces y aspectos siempre nuevos y distintos; de aquí que el vuelo de un pájaro o la contemplación de un lirio, de una fuente que mana:

«fontecicas que yo he visto manar —exclama extasiada Teresa de Jesús—, que nunca cesa de hacer movimientos la arena hacia arriba» (Teresa, 1963, p. 124),

de un niño que sonrío, de una cascada de agua, de una puesta o salida del sol, del retozo de un cabritillo o el ramonear del ganado... les diga a estos individuos algo siempre nuevo, algo diferente, y se sientan maravillados y hasta fascinados contemplándolos, como si ésta fuese la primera vez que lo hacen. Esto contrasta sensiblemente con el aburrimiento, el tedio, la familiarización y falta de interés que la observación repetida de las cosas causa en las gentes ordinarias. Para estos es particularmente valedero el aforismo filosófico del «*asueta vilescent*».

Los creativos, en cambio, saben saborear y disfrutar de la vida de cada día sin caer en la monotonía y la rutina. Cada día les sorprende con algo nuevo, algo inesperado y distinto que la observación atenta y amorosa de los sucesos ordinarios de la vida les depara. Con razón Maslow, estudiando los sujetos autorrealizados, llega a la conclusión de que estos individuos gozan mucho más de la vida, tienen muchas más «*experiencias cumbres*» que el promedio de la población.

Y por lo que a la concentración se refiere, estos sujetos son de tal manera capaces de concentrarse y sumergirse en el asunto, la obra, tarea o misión... «que-traen-entre-manos», que llegan a olvidarse de cuanto les rodea, del tiempo, del espacio y hasta de ellos mismos. Lo que observan y contemplan en un momento dado es percibido por estos individuos:

«como si no existiera nada más en el universo, como si fuera todo lo que es Ser... como si lo percibido hubiera invadido por un instante la totalidad del Ser» (Maslow, 1979, p. 113).

En estos momentos de concentración el ego observador y el ego experiencial están menos disociados de lo habitual. Están todos ellos más cerca de ser todo ego experiencial. Ser eso que traen-entre-manos: la misión, la tarea, el problema...

Y es esta poderosa concentración mental en el objeto la que les lleva a estos sujetos al descubrimiento de esos aspectos novedosos que causan su asombro y sorpresividad.

10. *Integración de la personalidad*

Uno de los rasgos psicológicos que más llamaron la atención a Maslow y Rothenberg en estos sujetos creativos fue la integración de los contrarios o «*concordantia oppositorum*».

«Una observación hecha por mí —advierte Maslow— me ha desconcertado durante muchos años, aunque ya empieza a encajar en su lugar correspondiente. Se trata de lo que descubriría como resolución de dicotomías en las personas que se autorrealizan... Mis examinados eran muy altruistas en un sentido y muy egoístas en otro. Y ambos aspectos se fundían... Mis examinados habían reunido los dos opuestos de manera que me dí cuenta de que considerar el egoísmo o altruismo como algo contradictorio y como entidades mutuamente excluyentes, era por sí mismo característica de bajo nivel de desarrollo de la personalidad. De la misma manera habían en mis examinados gran cantidad de otras dicotomías que había desembocado en una unidad» (Maslow, 1979, p. 192-193).

También en nuestros sujetos examinados encontramos este mismo fenómeno, que eran a un tiempo y bajo algún aspecto: *sanos y enfermos*.

«Descontado —dice con justa razón de sí mismo Nietzsche— que soy un *décadent*, soy también su *antítesis*. Mi prueba de ello es, entre otras cosas, que siempre eligo instintivamente los remedios justos contra los estados malos; en cambio, el *décadent* en sí elige siempre los medios que le perjudican. Como *summa summorum* (conjunto) yo estaba sano; como ángulo, como especialidad, yo era *décadent*. Me puse en mis

manos me sané yo a mi mismo: la condición de ello —cualquier fisiólogo lo concederá— es estar sano en el fondo» (Nietzsche, pp. 23-24).

Y a propósito de Teresa de Jesús, a la pregunta de si se daba en ella la ansiedad patológica, contesta el psiquiatra José M^a Poveda Ariño

«Se da, pero con la particularidad de que en ella no llega a desbordarla. No tiene que defenderse de la ansiedad patológica con elaboraciones neuróticas, sino que la asume y no se deja llevar por ella» (Poveda Ariño, 1977, p. 16).

Saben ser al mismo tiempo:

- *escépticos y creyentes.*
- *ingenuos y hasta infantiles o primarios, y a la vez sofisticados y maduros (secundarios).*
- *individualistas y egoistas y a la vez universales y autotrascendentes.*
- *ascetas y gozadores.*
- *apolíneos y dionisíacos.*
- *humildes y arrogantes.*
- *pacíficos y violentos.*
- *espontáneos y autocontrolados.*

En Teresa de Jesús podemos ver una vez más cómo se armonizan y hermanan en ella de la manera más admirable rasgos aparentemente tan contradictorios como pueden ser:

- la más alta contemplación con la actividad más desbordante,
- el deseo más sincero de intimidad y soledad con el gusto y la querencia más espontánea hacia la sociabilidad, la comunión y trato con las gentes,
- la sencillez y humildad más sinceras con la más advertida conciencia de su propio valor, y el sentido más acusado de las distancias,
- la ternura y delicadeza más exquisitas con la durez y exigencia más extremas.
- la austeridad y ascesis más rígidas con el disfrute y goce más espontáneos de los placeres más básicos y elementales de la existencia,
- la valentía y audacia más atrevidas con el miedo y la prudencia más cauteloso,
- la impetuosidad más arrolladora con la serenidad y el control más sorprendente de sí misma,
- el respeto y la sana admiración con el humor más burlón y el desdén más extraño,

- la más firme autoridad con la obediencia más incondicional,
- relajada y satisfecha es, a la vez Teresa, ardiente e insaciable,
- delicadamente femenina y rudamente varonil.

Todos estos rasgos en ella conviven y funcionan en una unidad perfecta y absolutamente original.

Otro buen ejemplo, sin duda, de esta singular integración de los contrarios nos los ofrece Ramón Llull. En él nos encontramos con una de las inteligencias más refinadas y sutiles de la cultura española, capaz de elaborar su *Arte Universal*, con otra modalidad de inteligencia deliciosamente ingenua y candorosa, que se pone de manifiesto en la oración, llena de fragancia y encanto, que Aloma dirige a la Virgen en favor de su hijo:

«Postróse Aloma, y besando la tierra levantando ojos y manos al cielo, dijo: —"Reina y Virgen Santísima, que por tu glorioso Hijo eres en todas partes venerada e invocada: mi hijo se va solo, y no sé adónde, sé que va a servir a tu amado Hijo, a memorarle, amarle y contemplarle; quieras tú, Reina guardarle y defenderle. Tú reinas con tu Hijo en la gloria, y tu Hijo hace partir al mío de mí, y me hace quedar sola, sin hijo. Virgen y Madre bendita, amaré a tu Hijo para que tú al mío ames, y tu amarás al mío, porque el tuyo es amado de ti. Triste está mi alma por su partida; más tú, Reina, estás alegre en presencia de tu Hijo. No tengo más que un hijo, y me lo quita el tuyo. Oblígale a exponerse a riesgo de dar en mala gente y fieras y a vivir solo toda su vida. Le obligará a comer yerbas crudas y llegarán a ser sus ropas los pelos, los cabellos, el aire, el sol y los astros. Inclina, Señora, tus ojos y atiende cuán bello es mi hijo en cuerpo y corazón. Atiende, Señora, cómo el sol, y el viento y la desnudez denegarán y afearán la belleza de sus facciones. Virgen gloriosa, cuando mi hijo tendrá frío, ¿quién le calentará? Cuando estará enfermo, ¿quién le asistirá? Cuando tendrá hambre, ¿quién le dará de comer? Y si teme, ¿quién le alentará? Si tú, Señora, no le asistieses, aunque yo no te lo rogase, ¿en dónde estaría tu piedad y tu misericordia? El dolor que tuviste de tu Hijo viéndole crucificado y muerto, hágate memoria de la pena que tengo viendo el mío va a morir solo, en aflicciones y penitencias, en los bosques, y no sé en cual parte. Si tu Hijo, Señora, murió por amor y sin culpa, el mío lleva sólo el amor a la muerte. De lo que comprendo de tu Hijo y el mío y de la esperanza que en ti tengo, algo útil saldrá mi hijo» (R. Llull, 1957, p. 190-191).

IV. CONCLUSIÓN

Y con esto llegamos a una conclusión sumamente fecunda para psicólogos y pedagogos: Las notas o características de la personalidad creativa, que acabamos de describir, resultan ser isomórficas y paralelas a las que la propia psicología atribuye a la actividad o comportamiento creativo. Personalidad y creatividad se corresponden, pues, mucho más de lo que a primera vista pudiera sospecharse. Lo que viene a ser una buena ejemplificación de una tesis más amplia y general, sostenida ya por la filosofía clásica, que establece que las actividades u operaciones se corresponden siempre a la naturaleza del ser que las produce o realiza: «*Operari sequitur esse*».

Por otra parte, estas mismas notas o rasgos personológicos están llamados a constituirse para pedagogos y educadores en obligados puntos de referencia para el pensamiento y la acción educativa, que estos últimos han de intentar desarrollar, estimular y potenciar en sus educandos para que lleguen a ser seres humanos menos conformistas y más creativos, menos rutinarios y más imaginativos, menos sumisos y dependientes y más desarrollados y maduros, porque ese y no otro es el fin de la educación, de toda educación, de la educación «*tout court*».

REFERENCIA BIBLIOGRAFICA

- Maslow (1975): *Motivación y personalidad*, Barcelona, Sagitario.
 Idem (1980): *El hombre autorrealizado*, Barcelona, Kairós.
 Idem (1983): *La personalidad creadora*, Barcelona, Kairós.
 Mark Runco et al. (1986): *Implicit theories of artistic, scientific and everyday creativity*, en «*Journal Creative Behavior*».
 Weisberg (1987): *La creatividad. El genio y los mitos*, Barcelona, Labor.
 Torrance (1976): *La enseñanza creativa*. Madrid, Santillana.
 Dewey (1950): *Las escuelas del mañana*, Buenos Aires, Losada.
 Guilford (1976): *La capacidad creativa*, Salamanca, Anaya.
 Erdelyi (1987): *Psicoanálisis*, Barcelona, Labor.
 Smilansky and Halberstad (1987): *Inventors versus problem solvers: An empirical investigation*, en «*Journal Creative Behavior*».
 Nietzsche (1975): *Ecce homo*, Madrid, Alianza.

- Manjón (1973): *Diario íntimo*, Madrid, BAC.
- Th. Mann (1986): *Diarios 1918-1936*, Barcelona, Plaza y Janés.
- Cervantes (1984): *El ingenioso Hidalgo Caballero Don Quijote de la Mancha*, Madrid, Alianza Editorial.
- Montessori (1971): *Educazioni alla libertà*, Bari, Laterza.
- Baciero (1987): *Inteligencia y realidad*, en «Cuadernos de Pensamiento», N. I.
- Horney (1957): *El nuevo psicoanálisis*, México, Fondo de Cultura.
- Unamuno (1956): *Amor y pedagogía*, Madrid, Espasa-Calpe.
- Juan Huarte de San Juan (1846): *Examen de ingenio para las ciencias*, Madrid, Ramón Campuzano.
- Teresa de Jesús (1962): *Obras Completas*, Madrid, BAC.
- Descartes (1934): *Discours de la methòde*, París, Classiques Larouse.
- Kafka (1983): *Diarios 1910-1913*, Barcelona, Lumen.
- Dante (1980): *La Divina Comedia*, Barcelona, Corrogió.
- Heilbroner (1977): *Vida y doctrina de los grandes economistas*, Madrid, Aguilar.
- Freud (1955): *Esquema del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós.
- McKinnon (1980): *Naturaleza y cultura de talento creativo: herencia y medio*, Madrid, Narcea.
- Macchetti (1985): *La scuola infantile tra la politica e la pedagogia*, Brescia, Scuola.
- Skinner (1986): *Disfrutar la vejez*, Barcelona, Martínez Roca.
- Bruner (1988): *Desarrollo cognitivo y educación*, Madrid, Morata.
- McClelland (1989): *Estudio de la motivación humana*, Madrid, Narcea.
- Voltaire (1961): *Lettres*, París, Classiques Larouse.
- Cabezas (1984): *Las grandes escuelas de la psicología moderna y sus implicaciones pedagógicas*, Salamanca, Publ. Univ. Pontificia.
- Neil (1979): *Autobiografía*, México, Fondo de Cultura.
- Barron (1980): *La disposición para la originalidad*, Madrid, Narcea.

JUAN A. CABEZAS